

NOTA DEL AUTOR

Pesadillas: El caso Weidman es una novela, pero también una invitación abierta a todos aquellos audaces lectores que se aventuren en colaborar con el detective Francis Sinclair en la resolución de este enigmático caso.

El texto ofrece una fórmula que permite al lector elaborar sus propias hipótesis a la luz de las observaciones de nuestro protagonista y sacar sus propias conclusiones para resolver los diferentes enigmas, algunos tan extraños que desafían toda lógica.

Esta historia no tiene relación con ninguna persona real. Todos los personajes son ficticios, al igual que las ubicaciones. Cualquier coincidencia no es más que eso, una coincidencia aleatoria, nacida de un sueño, o más bien, de una pesadilla...

PRÓLOGO

Era la madrugada del octavo día de abril, el cielo nocturno aún estaba oscuro y el frío empezaba a sentirse. La avenida San Diego estaba vacía, el tránsito había sido desviado dos cuadras antes. Aún estaba somnoliento, pero prefería estar ahí antes que durmiendo en casa. Las pesadillas no me daban tregua por las noches. De todos modos, no podría descansar. Las balizas me encandilaban con su luz frenética y molesta que teñían la calzada de azul y rojo con intermitencia, le pedí a los oficiales que apagaran el aparato luminoso y encendí mi linterna de bolsillo, me costaba concentrarme, sobre todo porque mi teléfono no paraba de sonar, debían ser mensajes de mi esposa. Emily siempre había tenido esa costumbre de escribir todo en mensajes separados, de seguro quería saber a qué hora volvería. Apagué el móvil para poder concentrarme y me enfoqué en el cadáver que estaba tumbado.

Sexo masculino, contextura delgada, era ligeramente más alto que yo, debía medir aproximadamente un metro y ochenta centímetros, estaba tendido en posición de cúbito dorsal sobre la calzada de la avenida San Diego, llevaba un fino pantalón de lino color beige y elegantes mocasines sin calcetas. Tenía el torso desnudo y manchas de sangre por todo el cuerpo. Al mirar la sangre de cerca pude darme cuenta de que ya había coagulado. Alumbré el torso, a simple vista no se apreciaban lesiones. Más arriba, en la cabeza, se podía ver un hueco de poco menos de un centímetro de diámetro, que llamaba la atención en su sien derecha. Probablemente el agujero de ingreso de un proyectil de bajo calibre. Pensé mientras continuaba con la inspección.

El agujero no sangraba, tenía un halo oscuro a su alrededor y emanaba un ligero olor a cabello quemado. Revisé sus manos, que estaban hinchadas; una quemadura solar acusaba que en el dedo índice de la mano izquierda solía portar un anillo macizo. Por el otro extremo, le faltaban tres uñas de la mano derecha, ambas muñecas estaban erosionadas. El cadáver aún no estaba rígido.

Me alejé unos metros y contemplé la escena tomando la posición del cadáver como base de referencia. No había rastros de sangre en el piso, tampoco vi manchas sanguinolentas proyectadas hacia las paredes o vitrinas cercanas. No

encontré daños en los alrededores y a juicio de la baldosa de cemento que estaba bajo su cabeza, el proyectil aún se encontraba alojado en el interior. Es evidente, concluí.

Uno de los oficiales llegó a la misma conclusión que yo, no lo dijo, pero lo deduje. Observaba atentamente todas mis acciones y asentía levemente con la cabeza. Finalmente me preguntó:

—¿Por qué arrojarlo en plena avenida? ¿No hubiese sido mejor hacer desaparecer el cuerpo en el mar?

Lo miré de reojo, seguramente la curiosidad lo carcomía por dentro. Era un policía joven, debía rondar los treinta años, pero su ímpetu y voluntad sobresalían del resto. Aunque de contextura delgada, se notaba un buen tono muscular; el cabello rubio apenas podía apreciarse bajo la gorra de color azul y negro que vestía, bajo la sombra de la visera su gris iris reflejaba con neutralidad el fluorescente neón de los letreros.

La mayoría de los policías solo querían volver luego a sus hogares, sin preocuparse mucho de los casos. Hacían lo justo y necesario para mantener su empleo y cobrar sus salarios a fin de mes. Un síntoma muy evidente de una ciudad enferma y en decadencia. Si se esforzaba lo suficiente, tal vez llegaría a ser detective en el futuro.

—Esa no es la pregunta correcta —contesté—. ¿Quién reportó el hecho?

—El llamado fue hecho hace una hora y quince minutos por un transeúnte anónimo que usó un teléfono público ubicado a dos calles de aquí.

Lo que había sucedido era tan obvio como su recién formulada interrogante.

—Una distracción —continué—. La pregunta correcta es: ¿quién quiere distraernos? Para responderla, primero es necesario cuestionarse: ¿por qué quiere distraernos?

Vi un destello en sus ojos. Para averiguar las interrogantes anteriores, era necesario revisar la identidad del fallecido.

—¿Comprobaron ya su identidad?

—Sí, señor. Se trata de Javier Espinoza. He averiguado que es, bueno era, un conocido proxeneta de los círculos criminales más bajos de la ciudad.

—Bien hecho —dije—. Espinoza... He oído hablar de él. Sé que tiene una estrecha amistad con el oficial Weidman y, más de una vez, ha intercedido por él.

Weidman era un policía que no se caracterizaba precisamente por su juego limpio, ya había sido cuestionado en oportunidades anteriores: acusaciones de corrupción, cargos por sobornos que jamás habían sido comprobados. Espinoza era famoso en el mundo criminal por ser violento; sin embargo, el oficial Alex Weidman siempre estaba presto a utilizar alguna faramalla inventada con tal de ayudar a Espinoza. Tal vez el oficial podría darnos un dato útil para esclarecer el hecho, si llegáramos a tiempo.

—¡Siga así, oficial! Tiene un futuro muy prometedor por delante.

—¡Gracias, señor! —contestó, al tiempo que ejecutaba un saludo marcial llevando la mano derecha a la visera de su gorra.

Terminé de anotar todos los detalles en mi libreta y subí a mi motocicleta, una Harley Davidson estilo Chopper, de esas con el manillar alto, la delgada rueda delantera parecía alejarse constantemente de la motocicleta debido al largo de la horquilla sobre el gran neumático trasero, apoyado en dos resortes que conectaban al chasis, donde reposaba un único asiento de cuero. El estanque de gasolina estaba elevado cinco centímetros por encima de la versión estándar. Encendí el motor de 1.700 centímetros cúbicos que no pasaban inadvertidos por donde anduviese. San Ignacio no era una ciudad que destacara por sus conductores respetuosos, prudentes y obedientes de las leyes, además las persecuciones policiales no eran infrecuentes. Si algún conductor no me veía, al menos me aseguraba que me escucharía al acercarme. Me puse el casco y dejando un rastro de alarmas vehiculares sonando, me marché presuroso en dirección al domicilio del oficial Alex Weidman.

A poco andar divisé la caseta telefónica. Decidí investigar. No había rastros de sangre en la manija ni en la puerta. Bastó con abrir la puerta para concluir la observación. La caseta olía a alcohol barato y sebo humano. Seguí mi camino.

El frío viento me ayudó a espabilar, afiné mi hipótesis de camino a la casa de Weidman y preparé mi mano para el póquer que pronto me sentaría a jugar.